



LAGO

VICENTE ALEIXANDRE

ENTRE DOS OSCURIDADES

ENTRE DOS OSCURIDADES, UN RELÁMPAGO

Y no saber adónde vamos, ni de dónde venimos.

RUBÉN DARÍO.

*Sabemos adónde vamos y de dónde venimos. Entre dos
oscuridades, un relámpago.*

*Y allí, en la súbita iluminación, un gesto, un único gesto,
una mueca más bien, iluminada por una luz de estertor.*

*Pero no nos engañemos, no nos crezcamos. Con humildad,
con tristeza, con aceptación, con ternura,
acojamos esto que llega. La conciencia súbita de una compañía,
allí en el desierto.*

*Bajo una gran luna colgada que dura lo que la vida, el instante
del darse cuenta entre dos infinitas oscuridades,
miremos este rostro triste que alza hacia nosotros sus grandes
ojos humanos,*

y que tiene miedo, y que nos ama.

*Y pongamos los labios sobre la tibia frente, y rodeemos
con nuestros brazos el cuerpo débil, y temblemos,
temblemos sobre la vasta llanura sin término donde sólo brilla
la luna del estertor.*

*Como en una tienda de campaña
que el viento furioso muerde, viento que viene de las hondas
profundidades de un caos,
aquí la pareja humana, tú y yo, amada, sentimos las arenas
largas que nos esperan.*

*No acaban nunca, ¿verdad? En una larga noche, sin saberlo,
las hemos recorrido;*

*quizá juntos, oh no, quizá solos, seguramente solos, con un
invisible rostro cansado desde el origen, las hemos
recorrido.*

*Y después, cuando esta súbita luna colgada bajo la que nos
hemos reconocido se apague,
echaremos de nuevo a andar. No sé si solos, no sé si acompa-
ñados.*

*No sé si por estas mismas arenas que en una noche hacia
atrás de nuevo recorreremos.*

*Pero ahora la luna colgada, la luna como estrangulada,
un momento brilla.*

Y te miro. Y déjame que te reconozca.

*A ti, mi compañera, mi sola seguridad, mi reposo instantáneo,
mi reconocimiento expreso donde yo me siento y me
soy.*

*Y déjame poner mis labios sobre tu frente tibia—oh, cómo
la siento.*

*Y un momento dormir sobre tu pecho, como tú sobre el mío,
mientras la instantánea luna larga nos mira y con piadosa luz
nos cierra los ojos.*

OTRA NO AMO

*Tú, en cambio, sí que podrías quererme,
tú a quien no amo.*

*A veces me quedo mirando tus ojos, ojos grandes, oscuros;
tu frente pálida, tu cabello sombrío,
tu espigada presencia que delicadamente se acerca en la tarde,
sonríe,*

*se aquieta y espera con humildad que mi palabra le aliente.
Desde mi cansancio de otro amor padecido
te miro, oh pura muchacha pálida que yo podría amar y
no amo.*

*Me asomo entonces a tu fina piel, al secreto visible de tu
frente donde yo sé que habito,
y espío muy levemente, muy continuadamente, el brillo re-
husado de tus ojos,
adivinando la diminuta imagen palpitante que de mí sé que
llevan.*

*Hablo entonces de ti, de la vida, de tristeza, de tiempo...,
mientras mi pensamiento vaga lejos, penando allá donde
existe*

la otra descuidada existencia por quien sufro a tu lado.

*Al lado de esta muchacha veo la injusticia del amor.
A veces, con estos labios fríos te beso en la frente, en súplica
helada que tú ignoras, a tu amor: que me encienda.
Labios fríos en la tarde apagada. Labios convulsos, yertos,
que tenazmente ahondan
la frente cálida, pidiéndole entero su cabal fuego perdido.
Labios que se hunden en tu cabellera negrísima,
mientras cierro los ojos,
mientras siento a mis besos como un resplandeciente cabello
rubio donde quemo mi boca.
Un gemido, y despierto, heladamente cálido, febril, sobre el
brusco negror que, de pronto, en tristeza a mis labios
sorprende.*

*Otras veces, cerrados los ojos, desciende mi boca triste
sobre la frente tersa,
oh pálido campo de besos sin destino,
anónima piel donde ofrendo mis labios como a un aire sin
vida,
mientras gimo, mientras secretamente gimo de otra piel que
quemara.*

*Oh pálida joven sin amor de mi vida,
joven tenaz para amarme sin súplica,
recorren mis labios tu mejilla sin flor,
sin aroma, tu boca sin luz,
tu apagado cuello que dulce se inclina,
mientras yo me separo, oh inmediata que yo no pido,
oh cuerpo que no deseo,
oh cintura quebrada, pero nunca en mi abrazo.*

*Échate aquí y descansa de tu pálida fiebre.
Desnudo el pecho, un momento te miro.
Pálidamente hermosa, con ojos oscuros,
semidesnuda y quieta, muda y mirándome.
¡Cómo te olvido mientras te beso! El pecho
tuyo mi labio acepta, con amor, con tristeza.
Oh, tú no sabes. Y doliente sonrías.
Oh, cuánto pido que otra luz me alcanzase.*

EL NIÑO MURIÓ

(NANA, EN LA SELVA)

¿Quién sufre? Pasé de prisa.

¿Quién se queja? Y me deture.

La choza estaba oscura. Y la voz: «¿Quién te quiere a ti, corzo mío?» Pero el niño no se callaba.

«Rey de la selva viva, rey mío.» Y el niño seguía llorando.

El amuleto. El lamento: la madre canta. Canta muy dulcemente. El niño llora.

Huele a sándalo triste. Mano que mece a un niño. Canta. ¿Quién sueña?

El lamento largo no cesa. Dura más que la vida. El niño calla. Canta la madre.

Más allá de la vida canta la madre. Duerme la selva.

LA EXPLOSIÓN

*Yo sé que todo esto tiene un nombre: existirse.
El amor no es el estallido, aunque también exactamente lo sea.
Es como una explosión que durase toda la vida.
Que arranca en el rompimiento que es conocerse y que se
 abre, se abre,
se colorea como una ráfaga repentina, que, trasladada en el
 tiempo,
se alza, se alza y se corona en el transcurrir de la vida,
haciendo que una tarde sea la existencia toda, mejor dicho,
 que toda la existencia sea como una gran tarde,
como una gran tarde toda del amor, donde toda*

*la luz se diría repentina, repentina en la vida entera,
hasta colmarse en el fin, hasta cumplirse y coronarse en la
altura
y allí dar la luz completa, la que se despliega y traslada
como una gran onda, como una gran luz en que los dos nos
reconociéramos.*

*Toda la minuciosidad del alma la hemos recorrido.
Sí, somos los enamorados que nos quisiéramos una tarde.
La hemos recorrido, esa alma, minuciosamente, cada día sor-
prendiéndonos con un espacio más.
Lo mismo que los amantes de una tarde, tendidos,
revelados, van recorriendo su cuerpo luminoso, y se absorben,
y en una tarde son y toda la luz se da y estalla, y se hace,
y ha sido una tarde sola del amor, infinita,
y luego en la oscuridad se pierden, y nunca ya se verán, por-
que nunca se reconocerían.*

*Pero esto es una gran tarde que durase toda la vida. Como
tendidos,
nos existimos, amor mío, y tu alma
trasladada a la dimensión de la vida es como un gran cuerpo
que en una tarde infinita yo fuera reconociendo.
Toda la tarde entera del vivir te he querido.
Y ahora lo que allí cae no es el poniente, es sólo
la vida toda lo que allí cae; y el ocaso
no es: es el vivir mismo el que termina,
y te quiero. Te quiero y esta tarde se acaba,
tarde dulce, existida, en que nos hemos ido queriendo.
Vida que toda entera como una tarde ha durado.
Años como una hora en que he recorrido tu alma,
descubriéndola despacio, como minuto a minuto.
Porque lo que allí está acabando, quizá, sí, sea la vida.
Pero ahora aquí el estallido que empezó se corona
y en el colmo, en los brillos, toda estás descubierta,
y fué una tarde, un rompiente, y el cenit y las luces
en alto ahora se abren del todo, y aquí estás: ¡nos tenemos!*

Vicente Aleixandre.
Wellingtonia, 3.
(Parque Metropolitano).
MADRID.